

ESPAÑA, TIERRA Y PALABRA, EN LA POESÍA DE BLAS DE OTERO

En 1964, en París y en las entonces casi míticas ediciones de Ruedo Ibérico, aparece el libro de Blas de Otero *Que trata de España*. En el mismo año, una segunda edición en La Habana. Hasta 1977 no apareció la primera edición española (volumen 78 de la Colección «Visor» de poesía, Madrid) y tercera del libro. Así lo quiso el autor, olvidándose justamente de un mal llamado volumen *Que trata de España*, editado en Barcelona (Editorial RM, sin fecha), y que con sesenta y ocho poemas—más o menos la mitad del libro—constituía una de las más vergonzosas mutilaciones impuestas por la censura.

Llegaba, por tanto, este libro, en 1964, en la plena madurez del poeta—nacido en 1916—, cuando ya contaba con varios títulos fundamentales: *Angel fieramente humano* (1950), *Redoble de conciencia* (1951), *Pido la paz y la palabra* (1955), *Ancia* (1958), *En castellano* (1960), sin contar *Cántico espiritual*, cuaderno de cuarenta y tantas páginas, número 2 de los Cuadernos del Grupo «Alea», San Sebastián, 1942: en el cuarto centenario del nacimiento de San Juan de la Cruz y primera publicación independiente de Blas de Otero. En 1964 su poesía había sido objeto de, entre otros, dos importantes estudios, aunque muy desiguales en su extensión: el bastante breve de Dámaso Alonso, segunda parte de su trabajo *Poesía arraigada y poesía desarraigada* (recogido en el volumen *Poetas españoles contemporáneos*, 1952, segunda edición, 1958), que utiliza exclusivamente textos de *Angel...* y *Redoble...*, y el mucho más amplio análisis de Emilio Alarcos Llorach, *La poesía de Blas de Otero*, discurso inaugural del curso académico 1955-56 en la Universidad de Oviedo (Oviedo, 1955, reeditado por Ediciones Anaya en 1966 tal como fue escrito en el verano de 1955, salvo un breve *postscriptum* en 1966). Teniendo en cuenta los libros aparecidos entre 1955 y 1966—el más reciente, *Que trata de España*, en 1964—, el profesor Alarcos señalaba en esa nota final: «La consecuente y progresiva inclusión del poeta en el "nosotros", la huida consciente de toda postura insolidariamente personal...; resumiendo puede decirse que el camino iniciado "a la inmensa mayoría", llega a penetrar "en la inmensa mayoría" y a proseguirse "con la inmensa mayoría"» (cfr. *OTE* 48, 54; Anaya, 1966, p. 152). Se refiere Alarcos al

poema de *Que trata de España* titulado «C. L. I. M.», es decir, «con la inmensa mayoría», que termina con una rotunda declaración de solidaridad: «Soy sólo poeta: levanto mi voz / en ellos, con ellos. Aunque no me lean» (el subrayado es de Otero, p. 54, edición Ruedo Ibérico, página 58, «Visor»).

La actitud solidaria del poeta, el paso del «yo» al «nosotros», empieza por su apertura a lo más próximo e inmediato, a la tierra, la realidad españolas, a la misma mención de la palabra España. Ya en *Redoble de conciencia* la encontramos dos veces en el poema «Hijos de la tierra», texto que reaparece en la parte cuarta de *Ancía*: «Europa, amontonada sobre España, en escombros»; «Europa, a hombros de España, hambrienta y sola», son los dos alejandrinos que traen el nombre que va a ser central, sustentador, de una gran parte de la poesía posterior de Otero. Pero aquí estamos todavía ante un poema de hondas raíces metafísicas, aunque hincadas en un tiempo histórico concreto, el posterior a la Segunda Guerra Mundial, a la gran tragedia colectiva que está en la base —con la guerra española, su prólogo— de libros poéticos como *Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso, y *Los muertos*, de José Luis Hidalgo. Con el primero, aparecido en 1944, se establece ya una asociación desde el mismo título del poema, cuya estrofa, serventesio final, es bien revelador y expresivo del «tremendismo» que encierran esos libros, que había surgido en muchos textos de la revista *España* (1944-1950): «¡Alzad al cielo el vientre, oh hijos de la tierra; / salid por esas calles dando gritos de espanto! / los veintitrés millones de muertos en la guerra / se agolpan ante un cielo cerrado a cal y canto.» En *España*, recordemos, se publicaron sonetos de Blas de Otero, junto a poemas de casi todos sus compañeros de generación: el mismo Hidalgo, José Hierro, Valverde, Boussoño..., y también Celaya. La mención de España forma aquí parte de esa «poesía desarraigada» que formuló Dámaso Alonso, de esa primera etapa que representan *Angel...* y *Redoble...*, y que, en palabras del profesor y crítico Víctor G. de la Concha, «no es más que una lucha denodada y desgarrada, contra ese silencio de Dios. Ni aun derribado en la muerte, callará el poeta» (en el libro *La poesía española de posguerra*, *Prensa Española*, Madrid, 1973, p. 452).

Pero el tema de España, su presencia, que va a ser central en la poesía de Otero, irrumpen ya plenamente en *Pido la paz y la palabra* (1955), el libro que se inicia con la confesión, la entrega, «A la inmensa mayoría», poema en cuyo final se fijan lugar y tiempo («Bilbao, a once / de abril cincuenta y tantos»); el nombre de su ciudad inaugura, así, toda una toponimia española, vasca, que se va a reiterar en este libro y en todos los que le van a seguir. Se iniciaba con *Pido*

la paz..., la gran serie titulada *Que trata de España*, que culminaría nueve años más tarde en el libro del mismo nombre y en donde en primer lugar se presenta la serie completa, integrada por dos partes y cuatro libros: «Primera parte. Libro I: *Pido la paz y la palabra*. Libro II: *En castellano*. Segunda parte. Libro III [fragmento]. Libro IV: *Que trata de España*.» Este plan general en la reedición, primera edición española, de *Que trata de España*, en 1977, se ha transformado de la manera siguiente: «*Que trata de España*. Primera parte. Libro I: *Pido la paz y la palabra*. Libro II: *En castellano*. Segunda parte. Libro III: *Que trata de España*.» Un contrasentido, sin embargo, con lo anterior representa el mantenimiento en esta edición de 1977 de la breve nota introductoria—tras el poema-prólogo u obertura del libro—de la primera edición: «Comienza el Libro IV [MCMLIX-MCMLXIII] de la obra llamada *Que trata de España*, realizada dentro y fuera de esta patria, dirigida por y a la inmensa mayoría.» En el ya citado *postscriptum* de 1966, Emilio Alarcos se refiere a esta ordenación nueva que Blas de Otero había hecho de su obra en 1964, con referencias concretas a algunos textos, como el soneto «heterodoxo» y otro, de *En castellano*, que empieza afirmando: «Aquí termina la primera parte» (*La poesía de Blas de Otero*, Anaya, 1966, pp. 152-153).

Tres años antes de la aparición de *Pido la paz y la palabra* se había publicado—1952—la *Antología consultada de la joven poesía española*, preparada por Francisco Ribes, y en donde Blas de Otero es uno de los nueve poetas seleccionados—los más votados—, el penúltimo—entre Nora y Valverde—según la ordenación alfabética elegida. Entre los quince poemas de Otero, y en el grupo final de los «inéditos en libro», figura el ya citado «A la inmensa mayoría», pero con un final ligeramente diferente: «Bilbao a once / de abril, cincuenta y uno», en lugar de «cincuenta y tantos», que, a partir de la primera, en 1955, aparece en todas las ediciones de *Pido la paz y la palabra*. Y en el breve texto, a la manera de prólogo, al frente de sus poemas, «Y así quisiera la obra», Otero se refiere ya a «la mayoría», a la dificultad de hacerse oír y a la necesidad de llamar, ya que «seguramente la causa de tal desatención está más en la voz que en el oído», añadiendo un poco más adelante dos importantes declaraciones y formulaciones sobre la poesía y el poeta, el hombre que la crea y la hace: «Creo en la poesía social a condición de que el poeta (el hombre) sienta estos temas con la misma sinceridad y la misma fuerza que los tradicionales. ¿Realismo? Al fin y al cabo, todo el arte ha de ir realizándolo el hombre con sus manos. Fijarse bien: *real-izándolo*» (el subrayado es del autor). Su apertura a lo exterior y objetivo, a su país y a su tiempo, el humanismo—rechazado el trascendentalismo metafísico—